



**Universidad Nacional de Rosario**

**Facultad de Psicología**

**Trabajo Integrador Final**

**Armado de lazos: un objetivo central en el acompañamiento terapéutico. Una lectura en clave freudiana.**

**Ensayo**

**Docente responsable: Mariel Chaperó**

**Autora: Daniela Barbato**

**Legajo: B-1972/1**

**Dni: 32166325**

**Año 2024**

## Índice

### Agradecimientos

1. Resumen y palabras clave.....	4
2. Introducción.....	5
3. Desarrollo	
3.1. Condiciones subjetivas necesarias para poder armar lazos con otros.....	7
3.2. ¿Qué del método psicoanalítico se pone en juego en un acompañamiento terapéutico?.....	11
3.3. Las funciones yoicas en el armado de lazos con otros.....	16
3.4. El acompañamiento terapéutico como instancia de subjetivación.....	18
4. Conclusión.....	21
5. Referencias bibliográficas.....	23

## **Agradecimientos**

A mi mamá, mi papá y a Juli, por el apoyo incondicional durante estos años. Este camino no hubiera sido posible sin ustedes.

A Francisco, por su amor y su escucha, por impulsarme a ir en búsqueda de lo que quiero, pero por sobre todo, por nuestra familia. A Inés, gracias por ayudarme a ordenar prioridades y por hacerme conocer el amor más grande. Fide, gracias por tu compañía cercana estos meses intensos, ¡te espero tanto!

A mis amigas, que siempre saben cuándo y cómo estar.

A Mariel Chaperó, por tantas primeras oportunidades, por los empujoncitos cada vez que los necesité, por la confianza y por acompañarme en la escritura de este ensayo.

Finalmente, a la Facultad de Psicología de la U.N.R. Educación pública, gratuita y de calidad, siempre.

## **1. Resumen y palabras clave**

Este trabajo integrador final consiste en un ensayo sobre el armado de lazos en la práctica del acompañamiento terapéutico, considerada una función central de quien la ejerce desde el psicoanálisis. A partir de la lectura de algunos textos freudianos, se ubica la importancia del lugar del otro en la constitución psíquica y las condiciones subjetivas que se requieren para poder vincularse con otros. Se abordan las especificidades de la práctica del acompañamiento terapéutico y algunos conceptos nucleares del psicoanálisis que se ponen en juego en la misma. Se plantea que el acompañante terapéutico interviene en la recomposición de funciones yoicas y en el mejoramiento de las condiciones de vida de la persona acompañada. Se afirma que la práctica bien llevada a cabo es esencialmente colectiva, es decir, se realiza con otros profesionales e incluye necesariamente la palabra de quien padece. Esto implica un posicionamiento ético frente al padecimiento. Se concluye que el vínculo terapéutico coloca tanto al acompañante terapéutico como al sujeto en un lazo social. En su función de propiciar el armado de lazos con otros, el acompañante terapéutico facilita que se habiten espacios que darán lugar a experiencias subjetivantes.

**Palabras clave:** acompañamiento terapéutico - lazo social - padecimiento psíquico - funciones yoicas

## 2. Introducción

El tema que convocó la escritura de este Trabajo Integrador Final, escrito en la modalidad de ensayo, es el armado de lazos sociales en la práctica del acompañamiento terapéutico, enmarcada desde el psicoanálisis.

La idea o premisa que se propone desarrollar es que el AT<sup>1</sup> propicia el armado de lazos con otros. Sabiendo que no es la única manera de pensar la práctica y que hay otros planteos distanciados del psicoanálisis que abogan por una perspectiva más ligada a lo tutelar, lo asistencial, o el cuidado físico, daremos cuenta en este desarrollo de por qué el acompañamiento terapéutico enmarcado dentro del psicoanálisis tiene esta función fundamental.

Esta práctica tiene en la actualidad una gran importancia en el armado de los dispositivos de salud mental. El acompañante terapéutico desarrolla su labor en una práctica interdisciplinaria y forma parte de diversos equipos junto con psiquiatras, psicólogos, docentes especiales, psicopedagogos, según sean las características de la persona que requiere acompañamiento. En la mayoría de los casos es quien, entre todos los profesionales que conforman el equipo, comparte más tiempo con la persona acompañada y forma parte de su cotidianeidad. Esto dota a dicha práctica de características especiales, que la diferencia de otras formas del trabajo clínico, las cuales revisaremos en el presente ensayo.

En muchos casos el AT es el pilar fundamental de la inclusión del sujeto en diversas instituciones, también en actividades y en el sostenimiento de lazos que de otro modo estarían muy comprometidos. Diremos entonces que el AT, al trabajar en generar las condiciones para que sea posible habitar espacios por fuera de lo familiar, habilita al sujeto a una posible salida de la endogamia, trabaja en favor de la conquista de autonomía y de la construcción de lo propio o personal. Como práctica clínica que se desarrolla en la escena de la vida cotidiana, constituye un lugar privilegiado tanto para poder modificar condiciones del entorno como para la recomposición de funciones y/oicas que permitan otros modos de relación con otros.

En este ensayo se sostiene que los vínculos que la persona acompañada pueda entablar, serán de gran importancia. Por ello, pensaremos qué condiciones subjetivas se requieren para poder armar lazos con otros, y en cómo el AT puede colaborar en generar las condiciones para que esto sea posible.

Pese a la gran difusión de la práctica y a la importancia que reviste la misma, son pocos los desarrollos teóricos desde el campo del psicoanálisis. Por todo ello es de

---

<sup>1</sup> Se referirá a la figura del acompañante terapéutico con la abreviatura "AT".

relevancia poder pensar las características de esta práctica, que pone en juego conceptos y modos de intervenir de la clínica, pero que a su vez se diferencia de ella y asume formas propias. El objetivo de este ensayo será entonces poder introducir nuevas preguntas, reflexiones y conjeturas.

Teniendo como marco teórico epistemológico el psicoanálisis, algunas de las preguntas que orientarán este escrito son: ¿Qué desarrollos se hacen desde el psicoanálisis sobre esta práctica?, ¿Qué de la clínica psicoanalítica puede ponerse en juego en la práctica?, ¿Cuál es la especificidad en la función del AT?

En este sentido, se avanzará sobre qué se ha pensado desde el psicoanálisis freudiano con respecto al lazo con los otros, a qué nos referimos cuando hablamos de otros, cómo se propicia el armado de lazos, cuáles son las condiciones subjetivas necesarias para poder entablar un vínculo con un semejante, etc. En la convicción de que el AT puede operar de este modo sólo tras el establecimiento de una relación transferencial como condición primera, se revisará qué se entiende desde el psicoanálisis por transferencia y las características singulares que toma este particular modo de relación.

### 3. Desarrollo

#### 3.1. Condiciones subjetivas necesarias para poder armar lazos con otros

En la práctica del acompañamiento terapéutico con frecuencia asistimos a situaciones donde una persona queda relegada del vínculo con pares y replegada a las relaciones estrictamente familiares, cuando no por fuera de estas. La circulación por espacios exteriores está comprometida y no se produce la inclusión del sujeto en instituciones o actividades laborales o recreativas. Podríamos entonces pensar en qué aleja a una persona de la posibilidad de relacionarse con otros, ya sean características personales, coordinadas subjetivas o modos de padecimiento. O en general, qué condiciones son necesarias para poder establecer y mantener vínculos con semejantes.

Para pensar el trabajo del AT con relación al armado de lazos con otros, nos vamos a remitir a los desarrollos de la metapsicología de S. Freud, quien a lo largo de toda su obra ha dado cuenta de la importancia que tiene el otro en la constitución subjetiva:

En la vida anímica del individuo, el otro cuenta, con total regularidad, como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo, y por eso desde el comienzo mismo la psicología individual es simultáneamente psicología social, en este sentido más lato pero enteramente legítimo. (Freud, 1995a, p.122)

Podemos decir en primer lugar que, para poder vincularnos con otros es necesario que se establezca una primera distinción entre lo que es yo y lo que es no-yo, entre el lactante y su otro primordial. Esta primera distinción se podrá trasladar luego a la diferencia con los que serán sus semejantes. En el vínculo con los otros será importante no sólo saber que uno y los otros son seres separados, distintos, sino que hay una parte de uno mismo que es inaccesible a los demás y que vincularse con otros no supone una amenaza a las propias fronteras del yo.

Remitiéndonos al texto *Pulsiones y destinos de pulsión* (Freud, 1995b) publicado en 1915, nos permite pensar en un desarrollo que se daría a lo largo de la vida, con hitos fundamentales sobre todo en la infancia, que implicaría el pasaje de lo que él puntualiza como yo-realidad inicial, al yo-realidad definitivo. Entre uno y otro, Freud ubica lo que llama yo-placer.

En el año 1930, S. Freud (1995c) dice que el sentimiento yoico, el sentimiento de nuestro sí-mismo, propio del adulto, conlleva un desarrollo. Detalla cómo se va construyendo el mundo exterior y los otros para un recién nacido. Inicialmente se

encuentran, al decir de Freud, en una atadura íntima. El lactante irá aprendiendo que tiene que reclamar el pecho con su llanto, que los estímulos exteriores, a diferencia de los que provienen de su propio cuerpo, tienen una temporalidad, que frente a los estímulos internos de nada sirve un intento de huida, ya que tienen un empuje constante. Estas experiencias irán dejando su huella, y el lactante poco a poco podrá hacer la diferencia entre lo que es su propio yo y lo que es el mundo exterior.

Esta oposición, que ya en 1915 mencionaba como una de las tres polaridades que gobiernan la vida anímica, se impone tempranamente. En el estado narcisista primordial, la misma coincide con la que media entre placer y displacer ya que, pudiendo satisfacerse autoeróticamente, el yo coincidirá con lo placentero, y el mundo exterior con lo indiferente. Más adelante, cuando el principio de placer comande, el mundo exterior coincidirá con lo displacentero en tanto provea estímulos que lo perturben. Pero en tanto el yo es capaz de satisfacer sus pulsiones autoeróticamente (y en tanto hay un otro atendiendo sus necesidades vitales y garantizando la supervivencia), el mundo exterior le es indiferente.

Bajo el imperio del principio de placer, experimentando que en su interior hay displacer y que el mundo exterior puede proveer objetos que lo satisfaga, realiza entonces un nuevo progreso que marca el paso del yo-realidad inicial, al yo-placer. Separa de él mismo lo que es fuente de displacer y toma del mundo exterior lo que es fuente de placer, oponiendo entonces un yo placiente a un afuera, no-yo. Las pulsiones sexuales que reclaman un objeto y las pulsiones yoicas que no pueden satisfacerse autoeróticamente, vienen a perturbar el estado narcisista primordial, forzando al yo a los progresos descritos.

El sentimiento yoico propio del adulto saludable estará comandado por el principio de realidad. En el texto *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico*, Freud (1995d) sitúa la transición de la dominancia del principio del placer al principio de realidad, en relación con lo que había llamado años antes vivencia de satisfacción. El yo dominado por el principio de placer, busca la satisfacción en forma alucinatoria, pero al no llegar de esta forma comenzará a buscar un objeto exterior. Podemos decir, a entablar vínculos con el mundo exterior y los otros.

Ahora bien, la introducción del principio de realidad tiene consecuencias para el aparato psíquico, que deberá realizar ciertas adaptaciones: los órganos sensoriales que contactan con el mundo exterior cobrarán mayor importancia, aparecerán la conciencia, la atención, la memoria y el pensamiento, como sustituto de la descarga motriz inmediata propia de modos de funcionamiento más primarios. El principio de realidad implicará un rodeo en el camino de la búsqueda de la satisfacción, un aplazamiento o dilación necesaria; el mundo exterior le impone condiciones. Cuando no opera el principio de

realidad, el sujeto se inclinará hacia una descarga pulsional directa, sin contemplar las condiciones para habitar la cultura. Diremos que el AT puede, a través de su presencia, introducir un elemento de corte, interponer una espera, un silencio, marcar ciertas condiciones que hagan posible el trabajo. Estos elementos podrán ser tomados por la persona acompañada, y tal vez replicados en otros vínculos.

Recordamos en este punto, la necesaria salida del estado narcisista como criterio de salud. En *Introducción del narcisismo* Freud (1995e) dirá que la estasis libidinal se siente como displacentera y que en cuanto la libido en el yo rebasa cierto punto, es necesario volcarla sobre objetos. “Un fuerte egoísmo preserva de enfermar, pero al final uno tiene que empezar a amar para no caer enfermo, y por fuerza enfermará si a consecuencia de una frustración no puede amar” (Freud, 1995e, p. 82). Retomando ahora la premisa que nos hemos propuesto desarrollar, diremos que el alejamiento de los otros, la imposibilidad de sostener vínculos, no sólo da cuenta de dificultades que se han producido en la constitución subjetiva, sino que también incrementan el padecimiento psíquico.

En *El malestar en la cultura*, Freud (1995c) dirá que la cultura regula las relaciones de los hombres entre sí, y que exige para ello renunciadas pulsionales. El principio del placer, que persigue la ganancia de placer y la evitación del displacer, deberá dar lugar a otros modos o caminos, ya que la satisfacción ilimitada trae consecuencias. Señalando cierto paralelismo entre el proceso de la cultura y la evolución libidinal del individuo, dirá que el asesinato del padre de la horda, que no se sometía a restricciones de ningún tipo, dio lugar a la alianza entre hermanos sujetos a los preceptos del tabú, o leyes totémicas. Esto posibilitó la vida humana en comunidad y la formación de las familias. El amor, puntualiza Freud, une a las personas. Tanto el amor sensual, como el amor de meta inhibida trascienden la familia original y llevan a la formación de nuevas familias y amistades, estableciéndose así nuevos vínculos.

En este proceso que puede señalarse como paralelo al desarrollo individual, la cultura prohíbe el incesto, restringe la vida sexual y la agresividad; ciertas disposiciones pulsionales se subliman, o se transforman en rasgos de carácter y formaciones reactivas. Las pulsiones quedan entonces bajo el gobierno de instancias psíquicas superiores, sometidas al principio de realidad.

En conexión con esta idea, M. Bessón (2018), retoma los desarrollos de S. Bleichmar sobre la producción de subjetividad y constitución del psiquismo, dos dimensiones distintas pero necesariamente articuladas entre sí. Lo que la autora llama producción de subjetividad está ligado a determinantes culturales, políticos, históricos, anclados en un tiempo y espacio específicos. Se trata de criterios o paradigmas de cada época que hacen a las formas de organización de una sociedad, una familia, del trabajo,

del estado. Determina también las formas de padecimiento y las características que asuman los modos de vincularnos con otros. Respecto a la constitución del psiquismo, sitúa como fundacional la acción de la represión primaria.

M. Bessón dirá que la represión primaria:

permite que se fijen en el inconciente las representaciones enlazadas al ejercicio primario de la sexualidad, por consiguiente, posibilita que la pulsión produzca modos regulados de acceso a la acción, lo que evita que tanto el sujeto como los lazos con sus semejantes se vean amenazados por descargas pulsionales directas con consecuencias altamente desequilibrantes y destructivas. (Bessón, 2018, p.47)

Es decir, más allá de las variaciones culturales y temporales que pueden ubicarse dentro de lo que S. Bleichmar (2001) nombra como producción de subjetividad y que determinan las formas de lazo social, hay modos de funcionamiento psíquico que hacen posible habitar la cultura. La represión primaria como universal de la constitución psíquica, que origina la diferenciación de los sistemas con sus respectivas formas de funcionamiento, dará lugar a un sujeto deseante que, mediatizado por las condiciones contextuales, podrá vincularse con otros.

Ahora bien, ¿qué sucede cuando no se han producido las inscripciones que abren la posibilidad de sostener lazos con otros? ¿Cómo puede intervenir el AT cuando trabaja con sujetos en los que podemos suponer como fallida la operación de la represión primaria? ¿Puede el AT funcionar como prótesis cuando hay una instalación precaria del proceso secundario?

En este ensayo se sostiene que, aun estando el sujeto en condiciones subjetivas desfavorables para el armado de lazos, el AT puede contribuir para que se torne posible vincularse con otros. Esta es, como se sostiene desde nuestra perspectiva, su tarea fundamental. Abordaremos en los siguientes apartados la especificidad de su oficio y cuál consideramos que es su posicionamiento oportuno.

### **3.2. ¿Qué del método psicoanalítico se pone en juego en un acompañamiento terapéutico?**

M. Bessón (2018) define el trabajo del acompañamiento terapéutico como una práctica situada, y ubica dos derivaciones posibles del término situado. En primer lugar, invita a pensarla como originada en un contexto histórico y social con circunstancias particulares que la atraviesan y le dan forma. Como práctica situada, filiada a una historia, tiene sus raíces en tres experiencias pioneras en el campo de la salud mental desarrolladas durante el siglo XX<sup>2</sup>. Las mismas toman distancia de la psiquiatría manicomial y promueven formas humanizantes, comunitarias, que ponderan el armado de lazos, la participación activa de los sujetos en la toma de decisiones y una mayor paridad u horizontalidad en el trato.

Por otra parte, la ubica como práctica situada en tanto anclada en la escena de la vida cotidiana de la persona acompañada. Se trata de una práctica desplegada en situación.

¿Qué implica acompañar a alguien en su cotidianidad? ¿Qué características toma la clínica del acompañamiento terapéutico al desplegarse en situación? ¿Qué formas asumirá el lazo transferencial en esta práctica? ¿Qué encuadre, intervenciones, tareas u objetivos le serán propios?

El trabajo del acompañamiento terapéutico se distingue de otros modos de la clínica psicoanalítica, en tanto hay una apertura mayor a la contingencia y a diversas circunstancias que pueden presentarse en la vida diaria de cada persona. El encuadre es flexible, móvil, semi-abierto. Esto, por supuesto, no implica que se desconozca la importancia de acordar días y horarios de encuentro, que no se planteen objetivos, que el AT pueda ocupar cualquier lugar o responder de cualquier modo. Sino que implica que algunos de estos términos podrán flexibilizarse para poder acompañar, atento a lo que acontezca, presente en un lazo transferencial.

Para E. Galende (2015) la relación terapéutica es una relación social en sí misma, motorizada por el amor (en este caso el amor de transferencia) como manera primordial de vincularse con otro.

Teniendo presente que, desde la perspectiva que se sostiene en este ensayo, el AT favorece el armado de lazos con otros, diremos que el dispositivo ha de ser pensado en función del lazo transferencial que se establezca. Esto obligará a reinventarlo: así como el vínculo sufrirá transformaciones, de igual modo lo hará el dispositivo.

---

<sup>2</sup> “Experiencia Rosario”, el proyecto del Hospital Evita de Lanús, y los proyectos del Centro de Día del Hospital Esteves de Buenos Aires y de la Colonia de Federal en Entre Ríos

S. Kuras Mauer (2017) destaca de sus experiencias iniciales cierta disposición o actitud como AT que hoy identifica como ejes centrales de una práctica bien llevada a cabo: la potencialidad terapéutica del vínculo y el trabajo con otros en dispositivos múltiples. Respecto al primero, dirá que al no contar con referentes, teorías o libretos escritos de antemano, los AT se entregaban a lo que sucedía en cada encuentro, exploraban, proponían, y estaban abiertos a realizar transformaciones. Así se iba gestando un vínculo con la persona acompañada, que a partir de allí, iba marcando el devenir de los encuentros. Con relación al segundo eje, dirá que en la definición de dispositivo de Foucault destaca lo entramado de una práctica, que apunta a producir efectos allí donde se ha identificado una urgencia. El trabajo en red, con otros, en dispositivos conjuntos, es para la autora un posicionamiento ético frente a la enfermedad, que conlleva un intento de romper con la reclusión, las etiquetas diagnósticas y el trato deshumanizante.

Continuando con lo que se considera la especificidad del oficio, diremos que el AT no comunica interpretaciones ni demanda la enunciación sin censura de los contenidos psíquicos. Es decir, no le pide al acompañado la asociación libre, y tampoco se somete él mismo a la regla de la atención flotante, ambas propias del método psicoanalítico. Esto no excluye que el AT pueda realizar lecturas de la situación en la que se encuentra el acompañado, los recursos con los que cuenta y las dificultades que presenta. Conocer aquello que puede estar operando detrás de los actos, estados o síntomas de un sujeto, nos brinda una orientación necesaria acerca de las circunstancias en las que estamos trabajando, qué características tiene su padecimiento y qué podemos hacer para ayudarlo. Pero no será parte de su función analizar los contenidos psíquicos para que puedan elaborarse, ni hacer conciente lo inconciente.

El AT puede ayudar a reorganizar la vida cotidiana produciendo movimientos en el entorno del sujeto. Se encontrará con algunas demandas en el trabajo, como pueden ser: acompañar en la realización de diversas tareas de la vida cotidiana, apuntalar con su presencia para que el acompañado pueda realizar trámites, atender su salud, alimentación, higiene personal y del hogar, iniciar o sostener actividades lúdicas, deportivas, de capacitación y de encuentro con otros.

Consideramos que más allá de estas tareas puntuales, lo fundamental será su forma de estar presente en el vínculo transferencial y la manera de responder a las demandas que se le dirijan. Esto nos lleva a pensar en los conceptos de transferencia y la regla de abstinencia que propuso S. Freud.

En el historial clínico de Dora, S. Freud (1995f) atribuye la interrupción prematura del tratamiento al hecho de no haber podido dominar a tiempo la transferencia. Ubicada

como una nueva creación de la enfermedad, combatirla es para Freud la parte más difícil del trabajo analítico. Sin embargo, la considera algo necesario o al menos inevitable.

Resulta interesante pensar este carácter de necesario de la transferencia. Con relación a esto, en un texto publicado en el año 1912 señalará que tiene un papel en la cura:

Es innegable que domeñar los fenómenos de la transferencia depara al psicoanalista las mayores dificultades, pero no se debe olvidar que justamente ellos nos brindan el inapreciable servicio de volver actuales y manifiestas las mociones de amor escondidas y olvidadas de los pacientes; pues en definitiva, nadie puede ser ajusticiado *in absentia* o *in effigie*. (Freud, 1995g, p.105)

Ya en el año 1905 Freud (1995f) decía que las mociones y fantasías que se transfieren sobre la persona del analista, lo hacen como algo actual; no se las reproduce como recuerdos, sino que se ponen en acto en la cura. En 1912 dirá que todo sujeto adquiere una especificidad en su vida amorosa en cuanto a las condiciones de amor que establece, las metas que se fija, etc., todo lo cual forma un clisé que habrá de repetirse. Cierta parte del clisé es accesible a la conciencia pero otra parte pertenece a lo inconciente. Son estas mociones inconcientes, que como tal no son accesibles al recuerdo, las que habrán de repetirse y desplazarse sobre el analista. Este es el papel que toma la transferencia en una cura.

En el año 1914 Freud (1995h) retoma lo que venía diciendo años antes en relación a la transferencia y lo vincula con la regla de abstinencia. Si bien al comienzo del texto la plantea en relación al caso de que una paciente se declare enamorada de su analista, termina refiriéndose a los requerimientos amorosos en general. En la situación planteada, el analista no debe acceder a la apetencia amorosa, pero también debe evitar instar a la paciente a que renuncie a ello y sofoque lo pulsional haciendo un llamamiento a la decencia y la moral. Lo que ha de hacerse es trabajar con lo que aparece. Más allá de los incuestionables motivos morales, hay para Freud motivos técnicos, y son estos los que marcan una dirección:

Ya he dejado colegir que la técnica analítica impone al médico el mandamiento de denegar a la paciente menesterosa de amor la satisfacción apetecida. La cura tiene que ser realizada en la abstinencia; sólo que con ello no me refiero a la privación corporal, ni a la privación de todo cuanto se apetece, pues quizá ningún enfermo lo toleraría. Lo que yo quiero es postular este principio: hay que dejar

subsistir en el enfermo necesidad y añoranza como unas fuerzas pulsionantes del trabajo y la alteración, y guardarse de apaciguarlas mediante subrogados. (Freud, 1995h, p. 168)

El acompañamiento terapéutico enmarcado en los conceptos fundamentales del psicoanálisis se sostiene en el establecimiento de una relación transferencial con la persona acompañada. Al ser una práctica situada en la vida cotidiana, el lazo transferencial asumirá características particulares que la distinguen de la clínica en el consultorio. M. Bessón (2018) dirá al respecto que los elementos que componen la escena de la vida cotidiana toman preponderancia y que se intentará el establecimiento de una relación de paridad con el acompañado. Se trabajará en favor de establecer un diálogo lo más horizontal posible, un lazo terapéutico similar al lazo amistoso. Esto permite ubicar una diferencia importante con la práctica analítica en un consultorio, donde lo que pertenece a lo cotidiano queda suspendido y se intenta sostener una relación de asimetría.

Diremos además que es muy frecuente que el equipo terapéutico se conforme por varios acompañantes terapéuticos. Con cada uno de ellos se establecerá una relación transferencial particular, pudiéndose observar variaciones que darán cuenta de distintas de distintos modos de relación primarios de la persona acompañada.

S. Kuras Mauer (2017) propone que en un espacio de análisis individual, con frecuencia se reeditan vínculos parentales, en tanto en un acompañamiento terapéutico, al tratarse de prácticas clínicas que se desarrollan en conjunto, podrían reeditarse lazos fraternales. Esto explicaría para la autora la proximidad que se genera en el vínculo con el AT.

Consideramos que, el AT, en su función de favorecer el armado de lazos con otros, puede poner a jugar estos elementos que en calidad de acompañante se le transfieren, para conocer acerca de cuáles fueron sus modos de relacionarse con sus otros primordiales. Las mociones inconcientes, fantasías, las condiciones de amor que no pueden ser recordadas, se reproducen y presentan como actuales en la relación con el AT. Esto le da una posibilidad privilegiada de trabajar con aquello que marcó su historia y padecimiento, y preguntarse sobre cuál es la mejor forma de intervenir.

La regla de abstinencia viene aquí a marcarnos una dirección: diremos que, más allá de las características de cada caso, se buscará la actividad del sujeto. Abstinencia no implica mantener una posición distante, ni rehusarse a dar respuesta a cualquier pedido, ni tampoco presentarse como alguien neutro sin opiniones, emociones, dificultades o por fuera de un contexto social y temporal específico. La abstinencia que es importante sostener implica la búsqueda de la actividad del sujeto, una discriminación necesaria en

el caso por caso de dar o no respuesta a pedidos concretos, lejos de una fórmula a priori y que sea válida para todas las circunstancias. Se busca que, sin desconocer las dificultades que presenta una persona que necesita de un acompañamiento, pueda decidir, actuar, conducirse en la forma más autónoma posible.

Por otra parte, el AT puede poner a jugar sus características personales, historia, preferencias, actividades que realiza o formas de conducirse en su rutina diaria como elementos posibles de ser donados y asumir la función de rasgos identificatorios. Estos elementos pueden ser parte del trabajo, pero no todos ni de cualquier forma.

La posición del AT, su forma de estar presente, será decisiva. Diremos que acompaña estando presente, pero no de cualquier modo, así como no responde de cualquier manera a las demandas que se le dirigen. En el convencimiento de que la autonomía no puede enseñarse, sino que está vinculada a condiciones subjetivas previas. El AT estará atento a aquellas ocasiones en que algo del deseo del sujeto aparezca, generando las ocasiones para ello y contribuyendo a su sostenimiento o puesta en acto.

Con relación a esta forma de estar presente del AT, mencionaremos lo que F. Ulloa (1995) llama estar psicoanalista. En *Novela clínica psicoanalítica* relata lo que dió en llamarse Experiencia Rosario y que para él fue lo que encaminó su vocación de psicoanalista hacia lo comunitario social. El autor describe que durante su juventud, varios estudiantes, guiados por E. Rivière, tomaron a su cargo la coordinación de grupos de trabajo heterogéneos, compuestos por otros estudiantes, profesores, obreros, amas de casa, etc. Ulloa se encontraba muy ansioso por la falta de precisiones técnicas o de objetivos, preocupado porque la experiencia resultara terapéutica y porque si bien eran un grupo, la experiencia no anulara las singularidades de cada uno de quienes lo conformaban. Tiempo después, en un seminario sobre las técnicas operativas, F. Ulloa habló sobre la oposición que por entonces para él existía entre el encuadre psicoanalítico y el operativo.

Al momento de escribir el libro, habiendo transcurrido mucho tiempo de aquella experiencia de su juventud, presenta una opinión contraria: más allá del encuadre del que se parta, lo importante será estar presente en una situación determinada, singular, respondiendo en forma pertinente a la demanda. Esto nos recuerda a lo que consideramos como posición oportuna de un AT.

### 3.3. Las funciones yoicas en el armado de lazos con otros

Hemos retomado en el primer apartado el planteo de S. Freud con relación a la cultura, que regula las relaciones entre los hombres y exige renunciaciones pulsionales para que la vida en común sea posible. Señalamos además el interjuego que existe para S. Bleichmar (2001) entre las dimensiones de la producción de subjetividad y la constitución del psiquismo, interjuego que determina las características que asuman los modos de vincularnos con otros. Nos preguntaremos ahora, ¿qué sucede cuando la represión primaria resulta fallida, cuando la instalación del proceso secundario es endeble? ¿Puede el AT operar para favorecer el lazo con otros y la vida en comunidad cuando no se han realizado las inscripciones necesarias?

Para M. Bessón (2018), es propio de la función del AT ayudar a la recomposición de funciones yoicas que permitan otros modos de relación con otros. ¿Cómo colabora el AT en la recomposición de funciones yoicas? ¿Qué entendemos por funciones yoicas?

Para intentar responder a esta pregunta, retomaremos lo planteado por S. Freud (1995i): en el año 1915 dirá que la operación de la represión primaria implica la diferenciación de sistemas, que estarán regidos por legalidades distintas: el inconsciente, formado por representaciones que aspiran a satisfacerse y descargarse, entre las cuales no existe la contradicción ni el ordenamiento temporal, se caracteriza por una mayor movilidad de las intensidades de carga. Se encuentra sometido al principio de placer y al proceso psíquico primario. En tanto en el sistema consciente/preconsciente hay una inhibición de la tendencia a la descarga, la energía es ligada. A él pertenecen el examen de realidad, el principio de realidad y el proceso psíquico secundario. Corresponde al sistema preconsciente el dominio sobre los dos actos de descarga: la motilidad y la afectividad, siendo este último menos firme. Mientras esto sea así, “calificamos de normal el estado psíquico de un individuo” (Freud, 1995i, p.459).

Varios años después, en el marco de su segunda tópica, las funciones de regulación como la inhibición de las descargas motrices, el examen de realidad y el principio de realidad, el pensamiento, entre otras, quedarán a cargo del Yo. Podemos pensarlas como funciones adaptativas del sujeto: la posibilidad de limitar las descargas pulsionales directas resguarda al sujeto y a los vínculos que sostenga.

El yo, sometido a una triple servidumbre, media entre el mundo exterior y el ello, operando sobre el primero con acciones musculares que vayan en la línea de satisfacer al ello, e intentando que este último se avenga a obedecer las condiciones del mundo.

En el año 1938, dirá que la operación del yo consiste en:

interpolan entre exigencia pulsional y acción satisfaciente la actividad del pensar, que trata de colegir el éxito de las empresas intentadas mediante unas acciones tantaleantes, tras orientarse en el presente y valorizar experiencias anteriores. De esta manera, el yo decide si el intento desembocará en la satisfacción o debe ser aplazado, o si la exigencia de la pulsión no tiene que ser sofocada por completo como peligrosa (principio de realidad). Así como el ello se agota con exclusividad en la ganancia de placer, el yo está gobernado por el miramiento de la seguridad. El yo se ha propuesto la tarea de la autoconservación, que el ello parece desdeñar. (Freud, 1995j, pp. 200 y 201)

Como sostenemos en este ensayo, el AT opera para favorecer el armado de lazos con otros. Ayudando a recomponer funciones yoicas, se permitirán otros modos de relación que no impliquen tanto malestar al sujeto.

Muchas veces, la construcción del otro como tal es en sí mismo un objetivo para el equipo terapéutico. Construir la alteridad implica registrar condiciones que son del otro, pero que hacen al lazo que sea posible sostener. Con lo cual le implican al sujeto una reacomodación que podemos nombrar ahora como renuncia pulsional o como rodeo necesario en la búsqueda de la satisfacción. En muchos casos, para poder habitar espacios por fuera de los familiares y entablar lazos con semejantes, se vuelve necesario contar con un AT que opere en los espacios donde la persona desenvuelve su existencia cotidiana y que medie en el margen, en el encuentro con su entorno.

El AT aparece como un objeto exterior; con su presencia pone en escena ya algunas de estas condiciones para que la convivencia con los semejantes sea posible. Permite instalar la capacidad de demorar la descarga pulsional, regular o modular lo que de otro modo pondría en riesgo el lazo. Abre la posibilidad de hacer un rodeo en la búsqueda de la satisfacción. En este sentido, se convierte en un partenaire que puede brindar apoyo yoico a modo de apuntalamiento exterior cuando las funciones de adaptación del yo no están plenamente instaladas.

El AT, interviniendo en el margen donde se produce el encuentro del sujeto y su entorno, resguarda no sólo los lazos que ha establecido, sino al sujeto mismo ya que podemos pensar que ha construido un sistema representacional que le permita lidiar con esa represión fallida, que puede ser puesto en jaque si su encuentro con el mundo resulta disruptivo.

El AT estando presente, dona palabras, escucha, mirada y la amorosidad necesaria para que la renuncia pulsional que exige la cultura se haga posible.

### 3.4. El acompañamiento terapéutico como instancia de subjetivación

Hemos dicho que la práctica del acompañamiento terapéutico reviste características particulares que la distinguen de la práctica en consultorio. Como toda práctica en salud mental, encuentra su fundamento en el propósito de aliviar el padecimiento psíquico. Por ello, en este apartado hablaremos sobre qué hace el AT para contribuir a este objetivo.

En primer lugar, diremos que en un acompañamiento terapéutico se intentarán mejorar las condiciones en que la persona acompañada desarrolla su vida, incluyendo los vínculos y actividades que sostiene, abordando las ocasiones en que el sufrimiento se presenta o se intensifica. La lectura de las situaciones concretas en que se encuentra el sujeto es parte de la labor de un AT: ¿Qué lo hace padecer? ¿Qué de su entorno incrementa el malestar? ¿Cómo se vincula con otros? ¿Puede tomar distancia de ellos?

S. Resnizky (2017) dirá que el AT se desempeña en situaciones extraordinarias, en el margen donde las personas sufren. El margen o frontera es la que se da en el encuentro entre el sujeto y su entorno.

En una misma línea de pensamiento, Galende (2015) dirá que:

Esta función del otro para la vida psíquica no se limita a su papel estructurante del sujeto, para el ser humano el otro es el sustento inescindible del funcionamiento mental a lo largo de toda la vida. No existe sufrimiento mental, en todas sus maneras de expresión, que no ponga en juego, justamente, el problema de la alteridad y los conflictos de la vida psíquica en nuestras relaciones con los otros con quienes convivimos o nos vinculamos. (Galende, 2015, p. 18)

En 1930, Freud (1995c) sitúa tres fuentes de sufrimiento para el ser humano: el que proviene del propio cuerpo, el del mundo exterior y el de las relaciones con los otros; siendo esta última fuente la más dolorosa.

El aparato psíquico, animado por el propósito de evitar el displacer, encuentra diversos caminos para protegerse del sufrimiento: puede alejarse de otros y aniquilar las pulsiones, lo cual implicaría sacrificar la vida. Pero también puede reorientar los fines pulsionales a través de la sublimación o intentar moderar las pulsiones a través de instancias psíquicas superiores comandadas por el principio de realidad. Otra posibilidad, que no sólo implicaría la evitación del displacer sino también la obtención de placer es, dice Freud, vincularse con objetos. No se aparta del mundo exterior ni se contenta con evitar el sufrimiento, sino que encuentra la satisfacción del amar y ser amado.

Es decir, para Freud hay distintos caminos para aliviar el sufrimiento y no puede señalarse uno como el más válido. Cuál de ellos se emprenda dependerá de algunos factores que nos interesa mencionar y poner en relación con el hacer del AT: el primero de ellos es el grado de satisfacción que se puede esperar obtener realmente del mundo exterior; el segundo es cuánto puede independizarse el sujeto de este exterior, y el tercero en qué medida puede modificarlo según sus deseos.

En relación con estos tres factores que plantea Freud, diremos que frecuentemente asistimos a situaciones donde el mundo exterior se vuelve hostil para la persona acompañada, y los vínculos que sostiene incrementan el sufrimiento psíquico; a su vez este no puede marcar una separación o distancia de otros, ni operar eficazmente para modificar lo que lo hace padecer.

El AT, tras desempeñarse en la escena de la vida cotidiana, puede operar de distintas maneras para que el sufrimiento mengüe y contribuir a una elaboración posible del sufrimiento: al dar lugar a la palabra sobre aquello de lo que padece, permite nombrar lo que aparece como disruptivo y doloroso, sin posibilidad de elaboración. Interviene en las condiciones en que el acompañado desarrolla su vida y permite modificar algo de aquello que genera malestar. Puede trabajar en favor de la autonomía del sujeto, entendiendo desde nuestra perspectiva que no se trata de un aprendizaje conductual sino que tiene que ver con el deseo y que se necesitan ciertas condiciones subjetivas presentes. Como sostenemos en este ensayo, opera para permitir distintos modos de relación con los otros que generen menos padecimiento.

En el apartado anterior hablamos sobre la importancia de trabajar en abstinencia, y cómo ésta se pone en juego en una práctica en donde intervienen elementos de la vida cotidiana y atributos personales del AT. El modo en que se puede facilitar que el sujeto arme y mantenga lazos con otros será siendo sostén y no protagonista, no estando siempre presente, permitiendo la instauración de una alternancia, presencia-ausencia. El AT puede colaborar, orientar, ser testigo de cómo se vincula con otros, *acompañar a* pero es deseable que con su actividad no anule la del sujeto ni su implicación posible.

Como hemos planteado a partir de la lectura de diversos autores, el otro es indispensable en la vida del sujeto, pero en la medida en que no esté como pura presencia: debe poder faltarle. En un armado siempre artesanal, estará presente pero también faltará. Transmite con su intervención que no se trata para él de un objeto a conducir, sino de un sujeto de pleno derecho.

Cuando el sujeto padece de no poder operar sobre su entorno, cuando se encuentra pasivizado al punto de no poder elegir por sí mismo cuestiones básicas que hacen a su cotidianeidad, es necesario trabajar para que pueda elegir y actuar como lo prefiera. Para esto, muchas veces será necesario sostener una espera para que emerja

aquello que ha quedado anulado. Sostenemos que puede resultar más terapéutico *no hacer nada* (con tan mala prensa en el actual contexto), que regirse por una lista de objetivos y tareas pensadas de antemano. En ocasiones, poder retirar la mirada, dar tiempo para el ocio, para conversar con otro, son experiencias inéditas para el sujeto, en las que se ponderan los tiempos subjetivos por sobre los tiempos productivos.

La relación de mayor paridad y horizontalidad posible que se intenta sostener en un vínculo entre AT y la persona acompañada, encuentra su fundamento en el hecho de convertirse él mismo en un otro para el sujeto. El AT, con su presencia, instala ya algo de la alteridad: otros tiempos, temas de conversación, preocupaciones y condiciones para relacionarse. Es decir que, si bien se trata de un vínculo terapéutico, con su presencia incluye al sujeto en un lazo social.

S. Resnizky (2017) afirma que la práctica del acompañamiento terapéutico puede ser pensada como una instancia de subjetivación en tanto la presencia de un otro, los nuevos vínculos y el tránsito por espacios diferentes, son experiencias que dejarán una huella en un psiquismo siempre cambiante.

En la práctica, el desafío será armar los dispositivos a medida de tal modo que cumplan con esta función de subjetivación y favorezcan la posibilidad de armar lazos. Con respecto a esto, Galende (2015) afirma que ninguna práctica puede considerarse terapéutica si se basa en teorías abstractas, una posición autoritaria y el ejercicio del poder disciplinario sobre quien, de este modo, está negado como semejante. Para el autor se trata de tomar en cuenta las razones y el conocimiento sobre el malestar de quien padece y construir juntos un conocimiento verdadero. Diremos que cada encuentro que se produzca entre un AT y el sujeto acompañado puede pensarse como una oportunidad para instalar la ética de la responsabilidad y la participación activa, fundamentales en una práctica terapéutica que respete la dignidad del sufriente.

Así como el AT se presenta como otro, e introduce elementos de alteridad para el sujeto, también pone en juego la contracara: lo concibe como sujeto; ambos forman parte de este lazo social.

#### 4. Conclusión

Hemos comenzado este ensayo planteando como premisa que el AT propicia el armado de lazos con otros, siendo esta su función fundamental. Una aclaración que nos pareció pertinente realizar al inicio y recordar ahora, es que esta manera de considerar la función de un AT no es la única, habiendo otras perspectivas que abogan por lo tutelar, lo asistencial o incluso los cuidados físicos.

Para argumentar en favor de la premisa sostenida, nos hemos remitido a la obra de Freud, quien desde sus inicios consideró insoslayable la dimensión del otro en la vida del sujeto. Hemos pensado qué condiciones subjetivas son fundamentales para poder vincularnos con otros y qué sucede cuando las mismas no están dadas. Concluimos que el alejamiento de los otros o el replegamiento en las relaciones estrictamente familiares condenan al sujeto a un malestar incrementado. Pudimos pensar en la importancia de sostener vínculos, pero también de poder tomar distancia de otros cuando es necesario, así como operar sobre el mundo exterior para modificar aquello que genera malestar.

Abordando las especificidades de la práctica, supimos que su emplazamiento en la escena de la vida cotidiana del sujeto, le da al AT una oportunidad de intervenir en las condiciones de su entorno generadoras de sufrimiento. Desempeñándose en situación y en diversos escenarios, acompañando en la realización de diversas tareas, asistiendo a actividades recreativas, contribuye a la posibilidad del encuentro del sujeto con otros. El AT, generando las condiciones para que el vínculo con otros se torne posible, le permite construir lo personal (actividades, espacios, vínculos, preferencias) y trabaja al mismo tiempo en favor de una mayor autonomía del sujeto. Encontramos que el AT puede trabajar en favor del mejoramiento de las condiciones en que la persona desarrolla su vida y contribuir a que el malestar mengüe, y que esto también hace a la posibilidad de salir al mundo y entablar vínculos.

Dijimos también que, cuando las condiciones subjetivas para poder vivir en comunidad y sostener lazos no están dadas, el AT puede funcionar como partenaire para atenuar modos que pueden resultar disruptivos y generar conflictos con otros. Señalamos en esto una dimensión de cuidado para la propia persona en tanto su sistema representacional podría resultar amenazado de producirse un encuentro traumático con el entorno. Concluimos en que, cuando la represión primaria resultó fallida y hay una instalación precaria del proceso secundario, el AT puede interponer una espera, instalar la capacidad de demora de la descarga pulsional que amenaza el vínculo con otros.

Nos remitimos a pensar en la regla de abstinencia propia del método psicoanalítico en tanto posicionamiento oportuno del AT, quien no debe, con su actividad o sus buenas intenciones anular la actividad de la que sea capaz el sujeto. Será

importante discernir en cada caso a qué demanda o pedido responder y a cuál abstenerse. Dado que un otro siempre presente anula e imposibilita que el sujeto se relacione con semejantes, consideramos que el AT, en un armado siempre artesanal, puede replicar la necesaria alternancia presencia-ausencia. Cuando el AT está presente y también se ausenta, permite al sujeto poner en ejercicio sus propios recursos, lo invita a tener una participación activa. Bien posicionado, se abstiene de responder pero también dona; dona alteridad, recursos, rasgos identificatorios.

Nos remitimos a la obra de Galende, quien invita a pensar el vínculo terapéutico como una relación social de pleno derecho motorizada por el amor de transferencia. Nos detuvimos en cómo Freud presenta este concepto, y concluimos que en el caso del acompañamiento terapéutico, se intentará sostener la mayor paridad posible. El establecimiento de una relación transferencial es ineludible; sin esta es imposible sostener la práctica.

Dijimos que el ejercicio de la práctica implica un necesario posicionamiento ético frente al sufrimiento. Trabajar con otros, incluir la palabra de quien padece, estar abierto a transformar el dispositivo dejando que lo que comande sea el vínculo establecido, son algunos de los ejes que pudimos abordar como centrales.

Luego del desarrollo realizado, asumimos que la premisa sostenida al inicio puede considerarse plausible. En tanto que se presenta como un otro para el sujeto y lo trata como tal, pone en juego las condiciones que hacen posible habitar la cultura. Puede así motorizar la renuncia pulsional y el rodeo en la búsqueda de la satisfacción, necesarios para convivir con otros. Con su presencia y escucha, genera las condiciones para que convivir con otros y habitar el mundo sea menos doloroso.

Como hemos sostenido, el AT se desempeña en la frontera donde la persona sufre, y que es la del encuentro con su entorno. Funcionando como andamiaje cuando las funciones yóicas que permiten el lazo social tienen una instalación endeble, habilita al sujeto al establecimiento de vínculos que no impliquen tanto sufrimiento. Apuntalando para que pueda incluirse en nuevos espacios, trabaja en favor de la exogamia, abriendo la posibilidad de que se vincule con personas no familiares. El AT cumple así con lo que, desde nuestra perspectiva, identificamos como su tarea central.

Concluimos que, al tratar al otro como un sujeto de pleno derecho, y presentarse él mismo como un otro imponiendo sus condiciones, ambos participan de lleno en un lazo social. Esto abre la posibilidad a nuevas experiencias, que dejarán su huella y podrán ir generando nuevas inscripciones: se trata de instancias de subjetivación.

## 5. Referencias bibliográficas

- Bessón, M. (2018). *El acompañamiento terapéutico como práctica situada*. Buenos Aires. Manuel Suárez ediciones.
- Bleichmar, S. (2001) *La infancia y las adolescencias ya no son...* Recuperado de: <https://www.elpsicoanalitico.com.ar/num3/autores-bleichmar-infancia-adolescencia.php>
- Galende, E. (2015). *El conocimiento y prácticas de salud mental*. Buenos Aires. Lugar Editorial.
- Frank, L. Costa, M. Hernández, D. Comps. (2017). *Acompañamiento Terapéutico. Clínica en las fronteras*. Córdoba. Editorial Brujas.
- Freud, S. (1995a). *Psicología de las masas y análisis del yo*. En Obras Completas vol. XVIII. Buenos Aires. Amorrortu editores.
- Freud, S. (1995b). *Pulsiones y destinos de pulsión*. En Obras Completas vol. XIV. Buenos Aires. Amorrortu editores.
- Freud, S. (1995c). *El malestar en la cultura*. En Obras Completas vol. XXI. Buenos Aires. Amorrortu editores.
- Freud, S. (1995d). *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico*. En Obras Completas vol. XII. Buenos Aires. Amorrortu editores.
- Freud, S. (1995e). *Introducción del narcisismo*. En Obras Completas vol. XII. Buenos Aires. Amorrortu editores.
- Freud, S. (1995f). *Fragmento de análisis de un caso de histeria*. En Obras Completas vol. VII. Buenos Aires. Amorrortu editores.
- Freud, S. (1995g). *Sobre la dinámica de la transferencia*. En Obras Completas vol. XII. Buenos Aires. Amorrortu editores.
- Freud, S. (1995h). *Puntualizaciones sobre el amor de transferencia*. En Obras Completas vol. XIII. Buenos Aires. Amorrortu editores.
- Freud, S. (1995i). *Lo inconciente*. En Obras Completas vol. XII. Buenos Aires. Amorrortu editores.
- Freud, S. (1995j). *Esquema del psicoanálisis*. En Obras Completas vol. XXIII. Buenos Aires. Amorrortu editores.
- Ulloa, F. (1995). *Novela clínica psicoanalítica. Historial de una práctica*. Buenos Aires. Paidós.